

# El trabajo de una noche oscura

ELIZABETH GASKELL



# Capítulo 1

**H**ace unos cuarenta años, en la capital de cierta comarca, vivía un tal señor Wilkins, un abogado especializado en la transmisión de propiedades que tenía un prestigio considerable.

Dicha comarca no era más que un pequeño condado cuyo pueblo más importante tenía tan solo unos cuatro mil habitantes, por lo que, si digo que el señor Wilkins era el abogado principal de Hamley, no estoy diciendo gran cosa, a menos que añada que era el encargado de gestionar los asuntos legales de toda la aristocracia de treinta kilómetros a la redonda. Su abuelo había establecido las relaciones pertinentes y su padre las había consolidado y fortalecido y, gracias a su conducta sabia y honesta, así como a sus habilidades profesionales, había conseguido la posición de amigo y confidente de muchas de las familias distinguidas de los alrededores.

Las visitaba con una confianza nunca antes vista entre simples abogados y se sentaba a sus mesas (lo cual, además, hacía sin su esposa<sup>1</sup>). De vez en cuando, como si fuese por casualidad, a pesar de que iba mejor preparado que cualquiera de los caballeros presentes, pasaba a caballo por los lugares donde se reunían y, tras hacerse de rogar aludiendo a compromisos profesionales o a la necesidad de su presencia en la oficina, a menudo se dejaba convencer para ir a la caza del zorro con sus clientes. Es más, en alguna ocasión se olvidaba de su cautela habitual y era el primero en llegar hasta la presa, regresando a casa con la cola del animal como premio. Sin embargo, en general sabía qué lugar le correspondía en aquel condado repleto de aristócratas y según aquella época.

Aun así, no debemos suponer bajo ningún concepto que fuera un lamebotas, pues se respetaba demasiado a sí mismo como para serlo. Si era necesario, daba los consejos más difíciles de asumir, recomendaba una rigurosa reducción de gastos a cualquier caballero extravagante y, en algunos casos, sugería abandonar el orgullo familiar para allanar el camino de algún que otro matrimonio feliz. No, era más probable que hubiese ofendido a alguien hace cuarenta años, cuando defendía a algún aparcerero que no recibía el trato adecuado. No obstante, lo hacía con tanta moderación, sabiduría y buenas intenciones que, en más de una ocasión, conseguía ganar la disputa.

<sup>1</sup> N. de la Trad.: Que la esposa no estuviera presente implicaba que el señor Wilkins no devolvería a sus anfitriones la invitación para cenar en su casa. Por lo tanto, lo invitaban a cenar sin esperar una invitación a cambio, lo cual era un gran privilegio.

Tenía un hijo, Edward. El muchacho era su ojito derecho. Aquel hombre no tenía ninguna ambición propia, pero le costó mucho aceptar que su negocio era demasiado lucrativo y generaba demasiadas ganancias como para dejarlo en manos de un desconocido, tal como tendría que haber hecho si se hubiera dejado llevar por las ambiciones que tenía para su propio hijo y lo hubiese enviado a estudiar a la universidad para convertirlo en letrado<sup>2</sup>. Decidió adoptar la solución más prudente mientras Edward estudiaba en Eaton. Es posible que el joven fuera, de toda la escuela, el que más dinero recibía para gastos. Siempre había imaginado que asistiría al Christ Church con sus amigos, los hijos de los caballeros que daban empleo a su padre. Fue una humillación tremenda descubrir que su destino había cambiado y que tenía que regresar a Hamley para ser aprendiz del negocio familiar y ocupar la posición heredada al servicio de muchachos a los que había vencido en los campos de juego y superado en los estudios.

Su padre intentó compensar aquella decepción a base de concederle cualquier capricho que pudiera conseguir con dinero. Los caballos de Edward eran

<sup>2</sup> N. de la Trad.: En el texto, encontramos dos términos diferentes que, en español, se traducen por «abogado», pero que en el sistema judicial inglés de la época aludía a profesiones con funciones diferentes. Por un lado, un *attorney*, como el señor Wilkins, no recibía formación universitaria y se formaba de manera práctica como aprendiz durante cinco años. Tan solo atendía asuntos legales que no requerían acudir ante un tribunal. Por otro lado, tenemos la figura del *barrister*, traducido como «letrado», que tenía mayor prestigio social, ya que había recibido formación universitaria, y era quien se presentaba ante los tribunales y podía ascender en la jerarquía jurídica.

mejores incluso que los de su padre. Cultivó y fomentó su gusto por la literatura; le dio permiso para recopilar una biblioteca tan extensa que tuvieron que añadir una nueva estancia en la casa, ya bastante grande, que el señor Wilkins tenía a las afueras de Hamley. Tras un año estudiando legislación en Londres, su padre le envió a hacer el Grand Tour y, a juzgar por los paquetes que enviaba a casa desde diferentes partes del Continente, lo hizo con poco menos que un cheque en blanco para los gastos.

Al final volvió a casa y se estableció como socio de su padre en Hamley. Era un hijo del que sentirse orgulloso y, desde luego, el señor Wilkins se sentía muy orgulloso de aquel muchacho guapo, dotado y caballero. Edward no era uno de esos jóvenes malcriados a causa de los lujos de los que han disfrutado. Y, si aquel estilo de vida había hecho mella en él, al menos en aquel momento no resultaba evidente. No tenía vicios vulgares y, de hecho, era demasiado refinado para las compañías con las que, probablemente, iba a tener que lidiar, incluso suponiendo que dichas compañías consistieran en los clientes más ricos del negocio familiar. Era un hombre leído y un artista poco pretencioso. Sobre todo, tal como solía señalar su padre, tenía buenas intenciones y nada podía sobrepasar el respeto que siempre le mostraba. Su madre hacía tiempo que había muerto.

No sé si fue la propia ambición de Edward o los deseos de su orgulloso padre lo que hizo que asistiese a los bailes que se organizaban en Hamley. Supongo que se trató de esto último, ya que Edward tenía

demasiado buen gusto como para querer entrometerse en ningún círculo social. En opinión de toda la comarca, ningún grupo tenía tantas razones para considerarse selecto como aquel que se reunía cada luna llena en el salón de festejos de Hamley, un añadido que se había construido junto a la taberna principal del pueblo gracias a la donación colectiva de todas las familias del condado. Jamás se permitía que ningún aldeano entrase en aquellas estancias misteriosas y lujosas; ningún hombre con una profesión ponía sus pies en aquellos suelos y ningún oficial de infantería podía ver el salón de baile o la sala para jugar a las cartas. Los donantes originales habrían obligado de buen grado a cualquier hombre a demostrar que tenía al menos dieciséis antepasados nobles antes de poder presentarse ante la reina del baile. Sin embargo, cada vez quedaban menos fundadores y, con ellos, los minuetos se habían desvanecido y las danzas rurales habían muerto.

Cuando Edward Wilkins hizo su debut en aquellas estancias, las cuadrillas estaban de moda y un par de los altos magnates de la comarca estaban intentando introducir el vals, tal como lo habían visto en Londres, donde había llegado gracias a la visita de los soberanos aliados. En el extranjero, Edward había estado en muchas reuniones espléndidas y, aun así, el pequeño y viejo salón de baile que estaba unido al George Inn de su pueblo natal le pareció un lugar más lujoso e imponente que los salones más magníficos que había visto en París y Roma. Se rio de sí mismo por aquel sentimiento absurdo de asombro que, a pesar de todo, siguió presente. Aquel día había estado cenando en casa de uno

de los nobles de menor posición, uno que estaba muy en deuda con su padre y que era el progenitor de ocho hijas parlanchinas, por lo que era poco probable que fuera a oponer demasiada resistencia aristocrática al deseo implícito del señor Wilkins de que Edward fuese presentado en el salón de festejos de Hamley. Sin embargo, muchos caballeros, echando chispas, no vieron con buenos ojos que el hijo de Wilkins, el abogado, fuera admitido en aquellas estancias sagradas. Y quizás el muchacho habría sentido más humillación que placer en aquella reunión de no ser por un incidente que ocurrió bastante tarde durante aquella velada.

De vez en cuando, el lord teniente del condado solía asistir a las reuniones de Hamley con un grupo grande y, aquella noche, se le esperaba allí, acompañado por una duquesa muy popular y sus hijas. El tiempo pasaba y ellos no aparecían, pero, finalmente, hubo un revuelo y el magnífico grupo entró en la sala. El baile se detuvo durante unos minutos. El conde condujo a la duquesa hasta un sofá, algunos de sus conocidos se acercaron a hablar con ellos y, entonces, las cuadrillas terminaron sin demasiado entusiasmo. Siguió una danza rural, a la que no se unió ninguno de los miembros del grupo del lord teniente. Después, se hizo una consulta, una petición, una inspección de los bailarines y se mandó un mensaje a la orquesta, que comenzó a tocar un vals. Cuando oyeron la música, las hijas de la duquesa salieron volando a la pista de baile y, al parecer, había muchas jovencitas dispuestas a seguirlas, pero, por desgracia, no suficientes caballeros que conociesen aquel nuevo baile de moda.

Uno de los organizadores pensó en el joven Wilkins, que acababa de regresar del Continente. Edward era muy buen bailarín y su forma de bailar el vals era digna de admiración. Tuvo como pareja a una de las señoritas, ya que la duquesa, que desconocía tanto a los caballeros de la comarca como las políticas y desdenes propios de un condado pequeño, no veía motivo por el que su encantadora Sophy no pudiera tener un buen compañero de baile, fuese cual fuese su linaje, y les pidió a los organizadores que le presentaran al señor Wilkins.

Después de aquella noche, Edward tuvo bastante suerte entre las damas que se reunían en Hamley. También era popular entre las madres, pero los estrictos caballeros todavía le miraban con recelo, y sus herederos, a quienes había superado en Eaton, le llamaban arribista a la espalda.





## Capítulo 2

Aquella no era una situación satisfactoria. El señor Wilkins le había proporcionado a su hijo una educación y unos gustos por encima de su posición. No redundaba en su beneficio o en su placer relacionarse con el médico o el cervecero de Hamley, el pastor era viejo y estaba sordo y el coadjutor era un joven inocente que se asustaba de su propia voz.

En cuanto al matrimonio, dado que la idea de casarse apenas estaba en la mente de Edward más presente que en la de su padre, no deseaba llevar a una de las jovencitas de Hamley a casa, a aquella mansión elegante llena de cosas que sugerían y se asociaban con una persona de gran educación y que resultaba una morada inapropiada para una chica ignorante, tosca y maleducada. Sin embargo, al contrario que su afectuoso padre, Edward era plenamente consciente de que todas las jóvenes damas que se alegraban de tenerle como pareja

de baile en los bailes de Hamley se habrían tomado como una afrenta recibir una proposición de matrimonio de un abogado, hijo y nieto de abogados. Quizás el muchacho había recibido en silencio muchos desprecios y humillaciones durante aquellos años, lo cual decía mucho de su forma de ser en la otra vida. Incluso en aquel momento parecían afectarle.

Tenía una personalidad demasiado dulce para mostrar resentimiento, tal como habrían hecho muchos hombres, y, sin embargo, en secreto, se sentía complacido del poder que le otorgaba el dinero de su padre. Compraba un caballo muy caro tras haber negociado el precio tan solo cinco minutos, después de que el heredero necesitado de una de las orgullosas familias del condado regateara por él durante tres semanas. Sus perros procedían de los mejores criaderos de Inglaterra sin importar el coste y sus pistolas siempre eran del último y mejor modelo. Todo aquello eran gastos en objetos que suponían la envidia continua de los caballeros de la zona y sus hijos, a quienes no les importaban demasiado los tesoros artísticos que, según los rumores, se estaban acumulando en casa del señor Wilkins y que, en cambio, sí codiciaban sus caballos y sus perros. El joven muchacho sabía que deseaban aquellas cosas y se regocijaba en ello.

Con el tiempo, acabó casándose. Aquel fue un matrimonio que estuvo tan cerca de complacer a todo el mundo como pocos matrimonios suelen estarlo. Estaba desesperadamente enamorado de la señorita Lamotte, por lo que se sintió encantado cuando ella aceptó ser su esposa. Su padre estaba encantado de que él estuviese

encantado y, además, se había alegrado al recordar que la madre de la dama había sido la hermana pequeña de sir Frank Holster y que, a pesar de que la familia había renegado del matrimonio por considerarlo inferior a su rango, nadie podía borrar su nombre del nobiliario, donde aparecía recogida como «Lettice, la hija más joven de sir Mark Holster, nacida en 1772, casada con H. Lamotte en 1799 y fallecida en 1810». Había dejado atrás dos hijos, de quienes se encargó el tío de Lettice, sir Frank, dado que a su padre, un bandido cuyo nombre nunca se mencionaba, se le consideraba peor que muerto. Mark Lamotte estaba en el ejército y Lettice vivía en una posición dependiente de su tío. No era una dependencia mayor de lo que requerían las circunstancias, pero sí lo bastante como para afectar a los sentimientos de una muchacha sensible, cuya susceptibilidad natural hacia los desprecios se veía aumentada por el recuerdo constante de la deshonra de su padre.

Como bien sabía el señor Wilkins, sir Frank estaba bastante interesado, pero recibió con sentimientos encontrados aquella propuesta de matrimonio que le proporcionaría a su sobrina sin dinero una casa cómoda, por no decir lujosa, y un hombre joven, guapo, dotado y de carácter impecable como marido. El hombre le dijo al señor Wilkins un par de cosas resentidas e insolentes, aun cuando dio su consentimiento a la unión. Así era su temperamento: orgulloso y vil. A pesar de todo, y aunque, de vez en cuando, se volvía contra su sobrino político y le hería con algún insulto encubierto sobre su falta de noble cuna o su posición inferior, estaba verdadera y permanentemente satisfecho con aquella

relación. Al parecer, olvidaba que su propio cuñado, el padre de Lettice, podría ser llevado ante la justicia en cualquier momento si intentara volver a pisar su país de nacimiento.

A Edward le molestaba todo aquello y Lettice se sentía ofendida. Amaba mucho a su marido y estaba orgullosa de él, ya que tenía el suficiente criterio como para darse cuenta de lo superior que era en todos los aspectos a sus primos, los jóvenes Holster, que tomaban prestados sus caballos, se bebían sus vinos y, aun así, habían adoptado el hábito paterno de burlarse de la profesión de Edward. Lettice deseaba que su esposo pudiera contentarse con una vida puramente doméstica, que se librase de la compañía de los terratenientes de la comarca y pasase sus momentos ociosos con ella en la lujosa biblioteca que poseían o en la salita repleta de resplandecientes estatuas blancas y cuadros que eran auténticas joyas. Sin embargo, quizás aquello fuera demasiado para cualquier hombre, sobre todo para uno que sentía que, en muchos sentidos, estaba preparado para brillar en sociedad y que era social por naturaleza. En aquel condado, en aquel momento, la sociabilidad implicaba cordialidad.

A Edward no le gustaba el vino, pero se sentía obligado a beber y, con el tiempo, acabó enorgulleciéndose de su capacidad para juzgar los vinos. Por aquel entonces, su padre ya estaba muerto. Había muerto como un anciano feliz y de corazón satisfecho: su negocio prosperaba, los vecinos más pobres le apreciaban y los más ricos le respetaban, tenía un hijo y una nuera que eran los más afectuosos y devotos que ningún hombre

hubiese tenido y su conciencia limpia estaba en paz con Dios.

Lettice podría haber vivido sola con su marido y sus hijas, pero Edward cada vez necesitaba más y más estímulo social diario. Su mujer se preguntaba por qué se molestaba en aceptar las invitaciones a cenar de gente que le trataba como «Wilkins, el abogado, un muy buen tipo», cuando le presentaban a desconocidos que estaban de visita en la zona, pero que no tenían la capacidad de apreciar el gusto, los talentos y la naturaleza impulsiva y artística que ella tanto valoraba. Se olvidaba de que, al aceptar tales invitaciones, a veces Edward conocía a gente no solo con mejor posición, sino de altos rangos intelectuales, y de que, cuando cierta cantidad de vino había conseguido disipar sus sentimientos de inferioridad en cuanto al rango y la posición, era un conversador brillante, un hombre al que debían escuchar y admirar incluso los estadistas londinenses que estaban de paso, los profesionales de las cenas fuera de casa y cualquier gran autor que pudiera estar de visita en una de las casas de campo de la comarca.

Aunque ella se sentía orgullosa y quería que mostrara sus logros a los demás, tendría que haberle advertido que evitase la tentación de dejarse llevar por las extravagancias pecaminosas a las que eso le condujo. Había comenzado a gastar más de lo que debía, ya no en el ámbito intelectual, lo cual también habría estado mal, sino en cosas puramente sensuales. El vino y la comida debían ser tales que la fortuna o el paladar de ningún caballero pudiera permitírselos. Las cenas que organizaba (para un grupo pequeño y con las viandas,

delicadas y de una calidad excepcional, preparadas por un cocinero italiano) debían ser tales que incluso las estrellas de Londres hablasen de ellas con admiración. Hacía que Lettice se vistiese con las telas más lujosas y el encaje más delicado. Solía decir, mientras contemplaba con orgullosa humildad los diamantes de las damas ancianas y el oro de aleación de las más jóvenes, que la joyería no estaba a su alcance. Sin embargo, era capaz de gastarse tanto dinero en el encaje de su esposa que con él podría haber comprado varios conjuntos de joyería de una calidad inferior.

Lettice se convirtió en el centro de su vida. Si, tal como la gente decía, su padre había sido poco más que un aventurero francés, ella mostraba atisbos de aquella naturaleza en su gracia, su delicadeza y su manera fascinante y elegante de hacer todas las cosas. Estaba hecha para estar en sociedad y, pese a todo, la detestaba. Un día, la abandonó del todo y para siempre. Se había encontrado bien por la mañana, cuando Edward se había marchado a la oficina que tenía en Hamley. A mediodía, enviaron a unos mensajeros raudos y temblorosos para que fueran a buscarlo. Cuando llegó a casa, sin aliento y desconcertado, ella ya no podía hablar. Una mirada de aquellos ojos negros encantadores y amorosos demostró que lo reconocía con el anhelo apasionado que había sido una de las características de su forma de amarlo en vida.

No intercambiaron ni una sola palabra, ya que Edward no podía hablar más de lo que podía hacerlo Lettice. Se arrodilló junto a ella, que se estaba muriendo. Se murió y él siguió arrodillado, inamovible. En un

intento totalmente desesperado de hacer que se levantara, le llevaron a su hija mayor, Ellinor. No pensaron en el efecto que la escena tendría en ella, que, hasta entonces, en aquel día de confusión y alarma, había permanecido recluida en la habitación infantil. La niña no sabía nada sobre la muerte y, para ella, su padre, arrodillado y sin lágrimas, era un objeto de mucho menos interés o sorpresa que su madre, quien yacía quieta y pálida y no giraba el rostro para sonreír a su hijita.

—¡Mamá! ¡Mamá! —lloró la niña con un terror indefinido.

Sin embargo, la madre no llegó a moverse y el padre ocultó el rostro todavía más entre la ropa de cama para ahogar un grito propio de alguien a quien le hubiesen atravesado el corazón con un cuchillo afilado. Decidida a pesar del frío de la muerte y la quietud pétrea, la niña besó los labios y acarició el pelo oscuro y sedoso, murmurando dulces palabras de amor feroz, igual que las que madre e hija habían intercambiado muy a menudo cuando nadie las veía. En general, parecía tan fuera de sí por la agonía que causaban el cariño y el terror que Edward se levantó, la tomó entre los brazos con cuidado y, recostada hacia atrás como si estuviera muerta (tal era el cansancio por las emociones terribles que su corazón infantil había tenido que soportar), se la llevó de aquella estancia a su estudio; una habitación pequeña que había junto a la gran biblioteca donde, en las tardes dichas que ya nunca volverían, su esposa y él solían retirarse para tomar café juntos y, después, a veces, salir por las puertas acristaladas al aire libre, los terrenos llenos de arbustos y los campos por los

que aquellos pies tan queridos ya no volverían a caminar. Nadie supo lo que ocurrió entre padre e hija durante aquel retiro. Aquella noche, más tarde, se pidió que mandasen allí la cena de Ellinor y el sirviente que la llevó encontró a la hija tumbada en los brazos del padre como si estuviera muerta y, antes de abandonar la habitación, vio cómo su señor alimentaba a aquella niña de seis años con el mismo cariño y cuidado que a un bebé de seis meses.